

Peter Sloterdijk; Experimentos sonoros y ontogénesis de los espacios humanos.

Dr. Adolfo Vásquez Rocca.



Pontificia Universidad Católica de Valparaíso – Universidad Complutense de Madrid

1.- Individuos; procesos antropotécnicos y ontogenesis de los espacios humanos.

La filosofía de Sloterdijk busca narrar el devenir de lo humano desde las primitivas hordas¹ hasta la constricción racionalista de lo que hoy ha venido en llamarse “individuo”. Para ello realiza una suerte de historia natural de la especie junto a una historia espiritual de la criatura, relatos que se fundamentan en la tesis nietzscheana según la cual el hombre es un efecto de programaciones y adiestramientos. Así, ciencia zoológica y ciencia pneumática se constituyen en la historia de los procesos antropotécnicos capaces de introducir en la escena de la teoría aquello con lo que el hombre convive –y ha convivido– cotidianamente, a saber: signos, señales, símbolos, máquinas, herramientas, animales, plantas, virus, bacterias, textos, obras de arte, museos, prótesis, intervenciones quirúrgicas, fármacos; a esto se debe sumar la irrupción de los artefactos tecnológicos en la determinación de la vida humana. La historia de esta cohabitación con elementos cuyo estatuto ontológico no ha sido suficientemente aclarado es el desafío de la filosofía de Sloterdijk. Bajo esta perspectiva, el mismo estatuto ontológico del hombre no está claro; en

¹ SLOTERDIJK, Peter, *En el mismo barco. Ensayo sobre la hiperpolítica*. Ediciones Siruela, Madrid, 1994. En este ensayo Sloterdijk desarrolla sus ideas en torno a la horda como primigenio consenso político de la humanidad cuyo sentido consiste en el desarrollo de una técnica de distanciamiento respecto de la hostilidad de la naturaleza.

este sentido, Sloterdijk entiende al hombre como una deriva biotecnológica asubjetiva que vive hoy un momento decisivo en términos de política de la especie.²

La habitabilidad de los mundos venideros hipercomplejos no está demostrada y lo que aparece en nuestro horizonte de horas extraordinarias, en la era del individualismo burgués es la creación de distancias entre los sujetos. El propio sistema aisla a los individuos entre sí, y los dirige hacia el esfuerzo solitario de tener que llegar a ser ellos mismos, “nadie puede aproximarse, nadie alcanza las alturas del otro”.³ En el tumulto, en cambio, se derriban todas las distancias. Allí donde la turba humana se hace más densa, empieza a tener efecto una prodigiosa marea desinhibida. La masa tumultuosa vive de esta voluntad de descarga.



En la descarga se elimina toda separación y distancia. En esta densidad, donde apenas cabe observar espacios entre los individuos, cada cuerpo está tan cerca del otro como de sí mismo. Solo así se consigue el anhelado alivio; con la inmersión del yo en el colectivo que lo contiene y supera.

²Artículos relacionados del autor: VASQUEZ ROCCA, Adolfo,

- "Peter Sloterdijk; Microesferas íntimas y úteros fantásticos para masas infantilizadas", en NÓMADAS Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas. UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID, | N° 15 | Enero-Junio 2007, pp. 193-200

Y versión digital: http://www.ucm.es/info/nomadas/15/avrocca_microesferas.pdf

- "Peter Sloterdijk y Nietzsche; De las antropotecnias al discurso del posthumanismo y el advenimiento del super-hombre", en PSIKEBA -Revista de Psicoanálisis y Estudios Culturales N ° 3 , 2006, Buenos Aires. <http://www.psikeba.com.ar/articulos/AVRsloterdijk-nietzsche.htm>

- "Sloterdijk y Canetti; El detonante iconográfico y operístico de la política de masas", en Revista LA LÁMPARA DE DIÓGENES, Año 7, Números 12 y 13, Vol. 7, enero-junio 2006 / julio-diciembre 2006 ISSN:1665-1448, BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA, México.

Y versión digital: <http://www.ldiogenes.buap.mx/revistas/12/169.pdf>

- "Peter Sloterdijk, la escucha de sí y el olvido del Ser desde todos los altavoces". En AdVersuS: REVISTA DE SEMIÓTICA, N° 5, 2006 – INSTITUTO ÍTALO-ARGENTINO DI RICERCA SOCIALE

³CANETTI, Elías (1960), *Masa y poder*, Ed. Alianza, Muchnik, Madrid, 1997,p. 16

Ahora bien, en la constitución originaria del sujeto masificado no sólo predominan las motivaciones opacas, sino como advierte Sloterdijk, en el seno de la masa los individuos excitados no componen lo que la mitología de la discusión –la sociología convencional– denomina un público; ellos, al contrario, se concentran en un punto donde se forman hombres sin perfiles, los que confluyen a un lugar donde todo por sí mismo se revela como lo más denso [*am schwärzesten*]. Este ímpetu hacia el tumulto humano revela que en la escena original de la formación del yo colectivo existe un exceso de material humano, una sobredensidad.

2.- La formación del yo; variantes psicopáticas y configuraciones místicas de la subjetividad humana.

Una indagación antropológica de esta naturaleza, para Sloterdijk, no puede menos que enfocar también variantes psicopáticas y configuraciones híbridas y místicas de la subjetividad humana⁴. No hay ninguna conciencia de realidad que no se contraste con la demencia o la lucidez. En cierto modo, cada miembro de la especie humana ya tiene representaciones normativas sobre el alcance del potencial humano y sobre aquello que lo sobrepasa. Tanto más cuanto una mirada antropológica al campo humano no puede apartar sus ojos de lo que sucede en su límite o al otro lado de él. De modo que una teoría de los “otros estados” que quiera ser una filosofía no se dará por satisfecha con ceder a psiquiatras, etnólogos y místicos el campo de las experiencias límite.

Las teorías del hombre al uso tienen en común que se elaboran a partir de una visión del individuo como constitutivamente aislado. Eso es así hasta el punto de que las fases de aprendizaje de las psicologías del desarrollo no empiezan normalmente más que con el ser aislado en estado de independencia fisiológica de la madre. Para ser teóricamente apreciable, el hombre ha de haberse tomado como mínimo el trabajo de ser “un fenómeno” ya de lactante; de ese modo debe haberse hecho ver y notar como ser específico y peculiar, nacido e individualizado. Pero de facto, lo mismo para la psicología que para la conciencia

⁴

SLOTERDIJK, Peter, *Extrañamiento del mundo*, Editorial Pretextos, Valencia 2001, p. 70

cotidiana, no “hay hombre” hasta partir tendencialmente del momento del segundo nacimiento, cuando la disolución de la simbiosis posnatal con la madre permite hablar de una efectiva individualización.

Para la mística, tanto como experiencia espiritual -religiosa como sociológico-política, es decir como experiencia colectiva, por el contrario, lo típico es atestigar estados donde no se sabe absolutamente nada de nacimiento, independencia, singularidad, ni individualización.

Por eso, parece que la mística coincide en esto con ciertas nociones contemporáneas del hombre como un ser en apertura, como algo, en definitiva, abierto. Tales son los principios esbozados por Heidegger en su analítica del ser-en, en los párrafos 12 y 13 de *Ser y Tiempo*.

La fórmula que utilizó Heidegger para caracterizar la situación ontológica del hombre: el *ser en el mundo* se refiere al éxtasis profundo, aquel en que residen todos los secretos de la metafísica. Heidegger habla del tedio y hace un análisis de la diferencia entre las piedras, los animales y los seres humanos. Las piedras son notables para Heidegger que las considera seres privados de apertura [al exterior]. Una piedra jamás tiene vecinos. Puede estar junto a otras piedras, pero el hecho ontológico que llamamos "vecindad" no existe. La piedra carece de aparatos sensoriales: no tiene nervios, ojos, piel, orejas. Tampoco respira. Esta ausencia de vulnerabilidad, de pasaje hacia el otro, encarna, por así decir, el ideal ontológico. Si Dios fuera sustancia, esta sustancia debería parecerse a una roca magnífica, absoluta, inmutable y apática. Pero los animales y, más aún, los seres humanos tienen la desdicha o el goce de hallarse inmersos en un medio y con ellos en la realidad del metabolismo, del intercambio, del sufrimiento y de la alegría.

Desde esta perspectiva el *yo mismo*, como individualidad, como isla, es el producto de un proceso de diferenciación y atrofia: originalmente el yo lo incluía todo; luego, desprende de sí un mundo exterior. Nuestro actual sentido *yoico* no es, por consiguiente,

más que el residuo atrofiado de un sentimiento más amplio [...] que correspondía a una comunión más íntima entre el yo y el mundo circundante.

En ciertos momentos, el ánimo de la fiesta, el desfile o el carnaval incorporan al individuo en un colectivo instrumental, en ese momento decide sumergirse en el ruido de un grupo ocasional; todo acontece como una secuencia: la normalidad dentro de un departamento, donde se está solo en el silencio matinal, luego un gesto constitutivo, en el ciclo de vida cotidiana, consiste en elegir una música o una frecuencia de radio que le permita romper el silencio nocturno. Por primera vez, existe una especie de desayuno acústico. Otra dimensión del hombre como isla, poco explorada, es la que se ha dado en llamar "uterotopos". Debemos comprender que los seres humanos estamos condenados a una práctica metafórica: la necesidad de repetir la situación intrauterina fuera del útero. El hombre siempre depende de un espacio protector para realizar su naturaleza humana; por consiguiente, el medio uterino pasa a ser el símbolo de la actividad mundial. Siempre vivimos en un espacio beneficiado por un exceso de seguridad.

La realidad humana se construye por separación: es lo que Sloterdijk llama "la isla antropógena". Una isla es una isla porque está aislada y la realidad humana es el resultado de una gran operación de aislamiento. El proceso conducente a la realidad humana es la autorreclusión de un grupo humano; nos encerramos dentro de una campana sonora específicamente humana: devenimos miembros de una secta acústica. Como se verá, vivimos en nuestro ruido y, desde siempre, el ruido común ha sido la realidad constitutiva del grupo humano.

De este modo la conciencia no formaría parte estrictamente hablando, de la existencia individual, sino más bien de lo que pertenece, en cada individuo, a la sociedad y al rebaño. Hemos aprendido a fijar y a determinar las impresiones de nuestros sentidos en el lenguaje, en la gesticulación, a medida que aumentaba la necesidad de comunicarlas a otras personas por medio de signos. Este hombre inventor de signos es el hombre consciente de sí. Por tanto si la conciencia se ha desarrollado a partir de esta necesidad de

comunicación, su trasfondo no está constituido por el núcleo de la individualidad, sino al contrario, por aquello que en el individuo hay de pre-individual, de social.

Si el yo del hombre primitivo suele estar oculto por la vida de la colectividad -en los niveles primarios del desarrollo de las sociedades, éstas se sirven de los individuos como instrumentos, de tal manera que ellos no piensan, ni sienten, ni deciden sino conforme a la voluntad de la colectividad- ahora en el yo del hombre civilizado se oculta la colectividad como consecuencia de aquel largo pasado.

Ahora bien, la indagación específicamente filosófica va y viene entre las tesis del aislamiento del Yo y la simbiótica. La autonomía de la filosofía es, por lo dicho, consecuencia de una doble complicidad: no aparta los ojos de la efectiva presencia de la mística; pero tampoco puede menos que tener en cuenta los hechos consumados de la separación, la formación del yo y la individualización.

La historia de la separación se evidencia como una historia siempre en marcha. El mero intento de pensar no-independencia conduce de antemano al absurdo, porque presupone lo que no es de presuponer: que no sucediera nada que dé lugar a individualización.

3.- La experimentación ascético-sonora y las formas culturales del hábito de hablar a gritos.

Para Sloterdijk el individuo, en el sentido usual de las sociedades modernas, es una creación tardía de las "altas" culturas.⁵ Dicha opinión nace de una reflexión sobre las condiciones históricas del surgimiento de individuos. Para entender el proceso, explica Sloterdijk, hay que recordar que los grupos humanos son naturalmente ruidosos. Mientras

⁵

SLOTERDIJK, Peter, *Extrañamiento del mundo*, Editorial Pretextos, Valencia 2001, p 87 y sgtes.

los lazos sociales son muy estrechos, la vida de cada uno transcurre amparada por el ruido constante del grupo. Nadie se aparta de este clima envolvente, prueba audible de la unión de todos por la sangre y los parentescos. En el paisaje nativo, cada tribu declara su identidad mediante su característica producción sonora. Estar siempre al alcance de la voz es mantenerse en la seguridad de lo familiar y propio.

El surgimiento del individuo en las sociedades posteriores exige –según Sloterdijk– que en un determinado momento hayan aparecido, novedosas "prácticas de silencio"⁶. Pero ¿cómo comienzan tales prácticas en las culturas más avanzadas? No fue sino con la escritura y el consiguiente ejercicio de la lectura silenciosa que se produjo este momento decisivo. La individualidad capaz de reconocerse a sí misma presupone así que los miembros del grupo puedan retirarse a ciertas islas de tranquilidad en las que les llama la atención una posible diferencia entre las voces de lo colectivo y las voces interiores, una de las cuales se destaca, finalmente, como la propia. El silencio de los conventos opera con esta diferencia, para que se pueda distinguir el murmullo divino de la bulla humana. Sloterdijk señala que "el hombre interior no existe antes de que los libros, las celdas de los conventos, los desiertos y las soledades lo definan; la razón, con su voz amortiguada, no puede habitar en el hombre antes de que él mismo se haya convertido en celda o cámara silente. Un yo razonable no llega siquiera a existir sin aislamiento acústico".⁷

Otras cualidades inseparables de la individualidad también están ligadas a la posibilidad de distanciarse y de acceder al sosiego y al silencio. Una cultura que permite a las personas retirarse del ruido de los grupos compensa a sus representantes con el acceso a lo que pudiera ocurrir en sus propias cabezas; les regala unas vacaciones de los prejuicios y de esas gesticulaciones que no redundan sino en que la intimidad sea tan ruidosa e inquieta como la exterioridad compartida con otros. ¿Qué es una convicción firme sino una fuerte voz interior que se ha adquirido ejercitándose? Esta grifería de las opiniones en mí es sofocada mediante la meditación filosófica. Un servicio considerable entre los que presta el

1. ⁶ Ibid.

⁷SLOTERDIJK, Peter, *Extrañamiento del mundo*, Editorial Pretextos, Valencia 2001, Cap. II - *¿Adónde van los monjes? Sobre la huída del mundo desde una perspectiva Antropológica*, pp. 87 y sgtes.

silencio, según Sloterdijk, es la separación de lo público y lo privado. Estos dos conceptos, tan importantes en política, reflejan la diferencia entre los modestos ruidos familiares y la algarabía en los grupos. "Lo que después se llamará política no es al comienzo más que una forma cultural del hábito de hablar a gritos".⁸

La relación de uno consigo mismo, el pensamiento como diálogo interior y la apelación jurídico-religiosa a la conciencia, entre muchas otras propiedades del individuo contemporáneo, no tienen ningún sentido antes que los *atletas* del aislamiento acústico, del claustro y la lectura silenciosa pusieran su cuerpo como caja de resonancia de los preceptos divinos. Estos hombres pertenecen a la historia del esfuerzo del sujeto occidental, por más que a muchos trabajadores modernos les cueste admitir su procedencia, cuando menos indirecta, de aquellos antiproductores extenuados de la autoinmolación acústica y el experimento sonoro.

El sonido, como el espacio, está hecho de tramas heterogéneas, de curvaturas y pliegues. Un sonido puede mutar con singular facilidad de ruido a música, sólo será cuestión de composición y tenue equilibrio (o desequilibrio) entre volúmenes, timbres y frecuencias. Así la contaminación acústica puede devenir en super-estructura del progreso. Pese a todo el Estado moderno se ha proporcionado oídos para auscultar los niveles de polución sonora y sancionar esta falta de sensibilidad cívica: audímetros y otras tantas prótesis que miden decibelios y ruidos, al modo de un sistema de notación, que bien podrían ocupar los compositores de música concreta para desarrollar una desconcertante cartografía de la convivencia.

En la modernidad, siglos después de la experimentación ascético sonora, el hombre se constituye en caja de resonancia de lo que le salga al paso. El mundo como sistema polifónico de sonidos –como multiplicidad sonora– se presenta ante el individuo como la constante amenaza de ser invadido por tonalidades capaces de auscultarlo, subyugarlo y secuestrarlo, conduciéndolo hacia mundos sonoros donde la musicalización mediática de todos los espacios inunda las últimas lagunas de interioridad.

⁸ CORDUA, Carla, "El individuo", en "Artes y Letras", El Mercurio, Santiago, 20 de Agosto, 2006.

La gran música occidental ha instrumentalizado con gran orquesta la irrupción de los sujetos en el mundo; al mismo tiempo, llevó a cabo, en los más elevados grados de la individuación melódica, retornos a lo más interior, alejado –vuelta a las islas de los bienaventurados y al jardín de los estados íntimos–. Cuando la música europea como arte de la personificación en lo incorporeo ha dado lo mejor de sí, ha equilibrado felizmente la nostalgia de disolución de los sujetos con la labor de la formación del Yo en un sólo cuerpo tonal⁹. Es así que las propensiones parciales musicales se han hecho autónomas; cada subcultura escucha la suya.

Ante este estado de cosas, la huida hacia dentro, el hondo repliegue en el espacio íntimo, la quieta escucha de las voces interiores y el encuentro con el yo más real parecen imposibles. Entonces ¿dónde huir?; ¿cómo ausentarse del ruido mundano para sumergirse en la escucha de sí?; ¿cómo ecualizar la existencia sin acceso al silencio interior? La ciencia y filosofía occidentales con su repertorio de paradigmas metafísicos no parecen tener respuesta para esto. La humana necesidad de huída del mundo halla respuesta en las palabras de Cristo pronunciadas en Mateo 6: 6 ante la multitud del pueblo: “*Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público*”. Esta ruta de la *fuga mundi* es rigurosamente experimental, supone, en primer lugar, que cada hombre puede ser una cámara silente, ingresando en el propio aposento herméticamente cerrado. De este modo, la morada clausurada se constituye en espacio de la manifestación divina. Todo ruido mundano, toda sonoridad ajena a la morada críptica ha de quedar absolutamente fuera; en cambio, el único sonido que se anhela y permite junto a la voz amortiguada de la oración es el *soplo* del Espíritu que fluctúa de lo tenue a lo recio, de un cálido soplo a un viento flamígero como lo muestran distintos pasajes bíblicos. En segundo lugar, una vez dentro de sí sólo se puede escapar del mundo ingresando en el medio del Padre: el secreto (*kriptós*). El Dios invisible habita en el secreto y ve en el secreto del hombre la íntima alabanza de quienes le adoran *en espíritu y en verdad*. Así, el sermón de Cristo comunica que en cada

⁹ SLOTERDIJK, Peter, *Extrañamiento del mundo*, Ed. Pre-Textos, Valencia, 2001, p. 293

hombre hay –puede haber– una habitación pneumática en la que se entona un íntimo salmo de alabanza a Dios.

En la era de la falta de albergue metafísico, por recordar la definición de modernidad de Lukács, se generaliza el hábito de la huida, de la evasión no sólo de no escuchar a otros, sino el de no poder o no querer escucharse a sí mismo. Así los hombres que no pueden *escuchar su silencio* carecen de aquella *música interior* que vivifica de un modo supramundano y sobrenatural. En este sentido, la ruta recién desplegada es un repliegue no escapista sino más bien uno que permite vislumbrar la riqueza del ser-en-el-mundo-interior, conformando un albergue acústico en el regazo de un Dios que, según sus propias palabras, quiere hacer morada con lo mortales.

4.- La emergencia del humano potencial de traslado.

El hombre como efecto de programaciones y adiestramientos, como prodigiosa fuerza plástica y experimental, se revela como sujeto de vacilación elemental respecto de un mundo que se supone está ahí para acogerlo. Este fugitivo de la normalidad cósmica, nunca menos que perplejo ante “la arbitrariedad de las cosas”, desarrolla una característica tensión hacia otra parte que, indefectiblemente, tiene presente como búsqueda y nostalgia. Una vez fuera de la ruidosa atmósfera tribal, los hombres evolucionan a metafísicos animales problemáticos que, incidentalmente, se enajenan en su inclusión en el mundo; como seres que se pueden extraviar en el entorno, se esfuerzan en poner remedio a la certeza de estar fuera de lugar.

Para Sloterdijk la acumulación de experiencias desconcertantes en este sentido da lugar a la emergencia del humano potencial de traslado, de la contramarcha que emprenden algunos individuos de los esquemas de su cultura, esgrimiendo abiertas consignas de negación ante la normalidad cósmica. De esta forma, se extiende sobre la tierra un cinturón

ascético, escenario de una pujante divergencia respecto de los estándares impuestos por el mundo¹⁰.

La demanda de traslado genera una historia natural de lo desnaturalizado o, si se quiere, de lo *sobrenatural* en el interior humano desde el momento y lugar en que, del sedentario animal de la presencia de milenios, surge el metafísico animal de la ausencia. Desde esta perspectiva, más allá de la antropología positiva y negativa, se esboza la silueta de una ciencia de hombres polivalentes u hombres metamórficos. Entonces, la historia sería el drama en el que se desarrolla la lucha formidable por el verdadero lugar y el verdadero elemento de la vida humana. Pero ¿cómo es pensable la emergencia de traslado?; ¿cómo nos posicionamos en esa historia natural de lo desnaturalizado y lo sobrenatural?; ¿cómo es que la negación de lo dado mediante lo supuesto puede convertirse en ingente potencia de huida?: son parte de las cuestiones que nuestra conciencia individual debería plantear a una conciencia histórica, si supiera, claro, qué quiere decir “histórica”.

Sin embargo, más allá o más acá de estos cuestionamientos lo único claro es que los esforzados animales productores de historia continúan acumulando experiencias desconcertantes con el peso del mundo, por lo cual buscan su camino entre las verdades de la despreocupación y el inconsuelo. En una situación en la que la mayoría de los individuos cree poder desolidarizarse del destino de su comunidad política imaginando, con buen o mal fundamento, que, de ahora en adelante, su óptimo inmunológico como individuo no se encuentra en el colectivo nacional, sino asegurándose de forma privada, ya sea en el terreno religioso, dietético, gimnástico o de las compañías de seguros.

¹⁰ SLOTERDIJK, Peter, Extrañamiento del mundo, Editorial Pretextos, Valencia 2001, p. 87 y sgtes.